

Corrió á su amado altar, se hincó ádorarle  
Y al vital resplandor de su bujía  
A un encontró la imágen de María,  
Y sus flores aún sin marchitar,  
Y á sus piés despidiéndose del mundo  
Que en vano su alma devorar espera,  
Vivió en paz MARGARITA LA TORNERA,  
Sin más mundo que el torno y el altar.

APÉNDICE

á

MARGARITA LA TORNERA.

FIN DE LA HISTORIA DE D. JUAN Y SIRENA LA  
BAHARINA.

L

A deshora de una noche  
Y á la entrada de una calle,  
Nublada y oscura aquélla,  
Está solitaria y grande,  
Aquélla escasa de luces,  
Y está escasa de habitantes,  
Pues que sólo entre un convento  
Y un caseron viejo se abre,  
Venía sobre un caballo  
Un hombre, que á tientas sabe,  
Sin duda, el sitio que pisa,  
Pues va sin ver adelante,  
Anduvo cincuenta pasos,  
Y del caballo apeándose,

Dió en la puerta dos seguid  
Aldabadas formidables.  
Sonaron primero en ella,  
Después en las cavidades  
De lo interior retumbaron  
Y al fin las devoró el aire.  
Pasaron tras de los golpes  
De silencio unos instantes,  
Hasta que de una ventana  
Se alumbraron los cristales.  
Apareció detras de ellos  
Una sombra vacilante,  
Al reflejo de una luz,  
Y tras esto, desdoblándose  
Las dos hojas de los vidrios,  
Con acento lamentable  
Dijo una vieja: «¿Quién llama?»  
Y el que llamó dijo: «¡Abre!  
— ¿Qué querais?»

— Abre, demonio.  
¿No me conbees? que baje  
Damian por este caballo.  
— ¡Él es! ¡Jesucristio valme!  
Dijo la mujer en lo alto,  
Y la ventana cerrándose,  
Abrióse al punto la puerta,  
Y á oscuras quedó la calle.

En una apartad i alcoba  
De su casa de Palencia,  
Sin otro mal ni dolencia  
Que el exceso de su edad,  
Don Gil de Alarcon, á solas  
Con su confesor, espera  
Su cercana hora postrera

Con calma y serenidad.

Hombre sin vicios que roen  
La vida y la menoscaban,  
Los días sólo le acaban  
Que ya han pasado por él.  
Que es el tiempo una carcoma  
Que todo á traicion lo mina,  
Y con mano igual arruina  
La cabaña y el dosel.

Y aunque en paz con su conciencia  
Muere Don Gil, buen cristiano,  
Aun hay un recuerdo humano  
Que le angustia el corazon :  
Hay una idea rebelde  
Con fuerza á su mente asida  
Que lucha, no con su vida,  
Mas sí con su religion.

Un hijo ¡ay Dios que tenia,  
Por quien se afaná viviendo,  
Y por quien llora muriendo  
Y que léjos de él está :  
Y al Dios en quien cree suplica  
Que por piedad le conceda  
Un punto en que verle pueda  
Por la vez postrera ya.

El pobre padre, impelido  
Por su amor y sus virtudes,  
Las negras ingratitudes  
Olvida de su Don Juan,  
Y darle el último abrazo,  
Darle el último consejo  
Es no más del pobre viejo  
El acongojado afán.

« Padre, al confesor decia,  
Padre, me acosa una idea.

— ¿Cuál es?

— Que mi hijo me crea

Con él airado al morir.  
Nunca otro fin me propuse  
Que su bien y su fortuna,  
¡Mas no hay esperanza alguna  
En que poder consentir!

En busca de los deleiteis,  
Mozo á los deleites dado,  
Él se partió de mi lado  
Y acaso teme volver.  
Acaso teme el enojo  
De su padre que le adora.  
¡Ay Dios! en la última hora  
¿Qué puede de mí temer?

Sólo quisiera, os lo juro,  
En este trance tremendo  
Poder echarle muriendo  
Mi paternal bendicion.  
No hay locura que no olvide,  
Dolor que no le perdone,  
Ni recuerdo de él que encone  
La ira en mi corazon. »

Así decia el buen viejo,  
De su Don Juan acordándose,  
Cuando Don Juan arrojándose  
En sus brazos exclamó :  
« Ya estoy aquí, padre mio,  
« Ya estoy ante vos de hinojos,  
« Tornadme, padre, los ojos  
« O muero de angustia yo. »

Y ambos á dos tiernamente  
Padre é hijo se abrazaban,  
Y ambos á dos sollozaban...

¡ Cosa triste de mirar !  
Lloraba el padre de gozo,  
Lloraba el hijo de duelo,  
El dolor con el consuelo  
Los dos gustando á la par.

Perdon le pedia el hijo  
Y le estrechaba asintiendo  
El viejo, que al fin, cayendo  
Sin fuerzas le dijo así :  
« Hijo, levanta y escucha  
Mis postrimeros acentos,  
Que tengo pocos momentos  
Para disponer de mí. »

Sentóse á su lado el hijo,  
Y á solas los dos quedando,  
Así el padre siguió hablando,  
A su fin próximo ya :  
« Juan, voy á darte mi última  
Prueba de amor, y quisiera  
Que esta voluntad me fuera  
Bien cumplida. »

— Lo será.  
— Tuyo es cuanto yo poseo,  
Sin más condicion que una,  
Y Dios, Juan, te dé fortuna  
Para gozarlo sin mí.  
¿ Me juras obedecerme ?  
Responde, Juan, porque siento  
Que se me arranca el aliento.  
¿ La cumplirás ?

— Padre, sí.

¡ Por cielo y tierra os lo juro !  
— Pues bien, junto á Torquemada  
En tu herencia vinculada  
Una casita hallarás

Cercada de un huertecillo;  
Allí, Juan, mi cuerpo entierra,  
Y esta casa y esta tierra,  
Juan, no la vendas jamás.

Si algún día (y nunca llegue)  
Tus dispendiosas locuras,  
O imprevistas desventuras  
Te roban cuanto te doy,  
Vén á mi tumba escondida,  
Que en mi sepulcro al postrarte  
Mi sombra saldrá á ayudarte...  
Y adios, Juan, que á morir voy !

— ¡ Padre !

— ¡ Adios, Juan, hijo mio !  
Siento que estoy espirando,  
Adios... y haz lo que te mando,  
Porque Dios te ayudará. »  
Y esto dicho, inclinó el padre  
Hacia su hijo la cabeza.  
Y él la besó con terneza...  
Pero no existia ya.

Tornóse desde este punto  
Aquel oculto aposento  
Solitario monumento  
De un justo que en paz murió.  
Huyóse el alma á los cielos,  
Y el vivo que allí quedaba  
Al Dios se la encomendaba  
Que ante su sér la llamó.

—  
Y ya próximo al ocaso  
El sol del día siguiente,  
Turba enlutada de gente  
Se vió á Palencia volver,  
Y tras de todos un hombre

Que en pié, en mitad del camino,  
Quedó el lugar por do vino  
Estudiando al parecer.

Cerró la noche, y la sombra,  
Su denso manto tendiendo  
Y á su mirada impidiendo  
La distancia penetrar,  
Apartar le hizo la vista  
De lo que estaba mirando,  
Y las espaldas tornando

Viósele en Palencia entrar.

Mas todos, desde aquel dia  
Al campo este hombré salia,  
Y del campo se volvía  
Poco ántes de oscurecer;  
Y ante las puertas llegando,  
Los ojos atras tornando,  
Quedábase atras mirando  
Miéntras alcanzaba á ver.

II.

Todo en la tierra pasa,  
Todo muere, se extingue ó se deshace:  
El duelo y el placer tienen su tasa  
Del hombre breve en la existencia escasa,  
Flor que se agosta con el sol que nace.  
Queda el dolor un dia

Dentro del corazon más amoroso  
En lenta y profundísima agonía,  
Pero calma el dolor más riguroso  
Y el que más implacable parecía.

Que así va nuestra vida  
Caminando entre gustos y dolores,  
Como fuente silvestre que escondida,

Por el sombrío bosque, va perdida  
Zarzas bañando y campesinas flores.

Así Don Juan, con la memoria triste  
Del cariñoso padre acongojado,  
Vivió con su memoria  
En soledad un tiempo retirado,  
En jornada diaria  
Visitando su tumba solitaria.

Mas sintiendo ceder su amargo duelo  
Y el alma serenarse cada dia,  
Volvió á la sociedad, y halló consuelo  
En lo que un tiempo su placer tenia;  
Y el consuelo por puntos aumentando  
Se iba por puntos en placer tornando.

De su dolor testigos,  
Con respetuosas chanzas y caricias  
A cercarle volvieron sus amigos,  
Y se iba á su presencia despertando,  
Su corazon sediento de delicias.

Volvió á reir Don Juan, volvió á sus ojos  
La viva luz del gozo y la esperanza,  
Volvió la soledad á darle enojos  
Y su opulencia le tornó á la holganza.

Sus administradores  
Cuentas á darle con afan vinieron  
De la herencia feraz de sus mayores.  
Y á sus ojos pusieron

Sus pingües rentas, por Don Gil dobladas  
Con mil cuidados y con mil sudores.  
Tendió Don Juan los ojos satisfechos  
Por el ruseño porvenir, y el mundo  
Halló tal vez con limites estrechos  
A su deseo libre y vagabundo.

• ¿De qué me sirve, dijo, esta opulencia  
Estos montones escondidos de oro,

Si en la oscura y pobrísima Palencia  
No me sirve de nada mi tesoro?  
¿He de gastar en mantas mis doblones,  
O he de hacer de continuo á mis queridas  
Regalos de peludos bayetones?  
¿Quedarán, vive Dios, agradecidas!  
Murió mi padre, ¿dueleme á fe mía!  
Pero no es ménos cierto  
Que yo también me moriré algun día.  
Y si la vida á divertir no acierto,  
Comprando mi placer con mi riqueza,  
¿No se aprovechará de mi torpeza  
Otro más listo cuando me haya muerto  
¿Adelante, Don Juan, viven los cielos!  
Ménos dicen que son con pan los duelos,  
No pasemos la vida  
En llorar como imbéciles mujeres;  
La riqueza gocemos adquirida,  
Y hagamos amistad con los placeres.  
Y aquí Don Juan soltando de repente  
Ruidosa carcajada,  
Que sin duda excitada  
Fué por recuerdo que acudió á su mente,  
Siguió diciendo: « Y en verdad que ahora  
Pillaré descuidada  
A mi antigua Sirena encantadora.  
Vaya, vaya, Don Juan, duelos aparte  
Y vamos á Madrid, donde á esperarte  
Saldrá sin duda alguna,  
Con los brazos abiertos la fortuna.  
Madrid, sitio á propósito;  
Para amorosos y reñidos lances,  
De petardos y cábalas depósito;  
Y tela de aventuras y percances!  
Vámonos á Madrid, es un capricho,

Mas mi padre perdone,  
Que á Palencia heredándole abandone,  
Que Madrid es mi patria, y está dicho.  
Damian, en este punto  
Los caballos ensilla,  
Y el claro sol al despuntar mañana  
Que fuera nos encuentre de Castilla. »  
¿Qué distancia en Don Juan menester era  
Para obrar y pensar de una manera?  
Todo era en él lo mismo. En un momento  
Arregló sus negocios  
Conforme al concebido pensamiento,  
Y á las diez poco más de una mañana  
Salió sobre una yegua jerezana  
Más ligera que el viento,  
Y tres dias despues desde la altura  
Del cano Guadarrama  
De Madrid contemplaba la llanura,  
Donde sus nieves pródigo derrama.

### III.

#### AVENTURAS DE NOCHE Y DIA.

En aquel mismo aposento  
De la casa de Sirena  
En que trabó Don Gonzalo  
Con Don Juan una pendencia,  
Tienen ahora trabada  
Plática amorosa y tierna  
La ambiciosa bailarina  
Y Don Lope de Aguilera.  
Ya sabes, lector discreto,  
De muy atras quien es ella:  
Voy, pues, á darte noticias  
Del galan que hoy lo corteja.

Es Don Lope un mozo ilustre,  
A quien de la edad más tierna  
Sus padres en Salamanca  
Dedicaron á las letras.  
Aplicóse él de tal modo,  
O lo hizo de tal manera,  
Que se plantó la golilla  
Ee años veinte y dos apénas.  
La curia escandalizóse  
De tan imberbe colega,  
Teniendo á ménos el lado  
Con justísima vergüenza.  
Murmuraron los doctores,  
Y alborotóse la audiencia;  
Mas él les tapó la boca  
Con su suerte y sus riquezas.  
Presentóse el noble mozo  
Con impávida insolencia  
Al tribunal, despachando  
Sus negocios con franqueza;  
Y sus vuelillos de encaje,  
Y sus hebillas con perlas,  
Y sus pajes ataviados  
Con magníficas libreas,  
Apararon los murmullos  
E hicieron al fin domésticas  
Las voluntades agrestes  
De la turba descontenta.  
Tornóse el ceño en sonrisa,  
En cortesía la befa,  
En rendimiento el desden  
Y la repulsa en ofertas.  
Y en fin, el poder que el mozo  
Tener en la córte muestra  
Cambió en baja adulacion

La ojeriza golillesca;  
Mas él, despues de humillarlos,  
Dióles no más por respuesta  
De alcalde de casa y córte  
La que recibió real cédula.  
Pues *rico* en merecimientos,  
Con tamañas excelencias  
Obtuvo ó compró una toga  
Y grande fama con ella.  
Dióse con brío á las leyes,  
Y aunque legislaba á tientas,  
Dió brujas al santo oficio  
Y vagos á las galeras.  
Dióle ademas la mania  
Para adquirir pronta y buena  
Fama en la córte, de hacer  
En las mozas una leva.  
Echó, pues, infatigable  
Tras damas de vida incierta,  
Que tienen por mayorazgos  
Lo que de vivos heredan:  
Para lo cual de alguaciles  
Ténia en campaña puesta  
Multiplicada falange  
En tales ojeos diestra.  
Mas aunque asaz blasonaba  
De rectitud justiciera,  
Y andaba en continuo acecho  
Con astuta diligencia,  
Del vulgo siempre maligno  
Murmuraban malas lenguas  
Que dejaba las bonitas  
Y desterraba las feas.  
Mas esto alababan otros,  
Exponiéndole en su defensa

Que así atendia celoso  
De la córte á la belleza,  
Y andaba en esto muy justo,  
Pues la hermosura completa  
Cuano hay necesario y útil  
En esta vida terrena,  
; Pero lo que son las cosas  
De mezquindad y de tierra!  
La que más firme parece  
Por fragilidad se quiebra,  
Este Don Lope, que espanto  
De las cortesanas era,  
Su oro gastaba en secreto  
Pródigamente con ellas,  
Y á pesar de su faz torva,  
De su vos ronca y severa,  
Y de su amor á las leyes  
Y timorata conciencia,  
Se le bailaban los ojos  
Al dar con una mozueta  
Morenilla y vivaracha,  
Desenfadada y resuelta :  
Y como hiciese su encuentro  
Por alguna callejuela  
Excusada y solitaria,  
Fingiéndole tomar las señas  
De cualquier casa, tendía  
Por el embozo tras ella  
Cos encandilados ojos,  
Y ; qué cintura ! ; qué pierna !  
; Qué rizo tan bien tirado  
Alrededor de la oreja...  
Qué de perfecciones lindas  
En la vision pasajera !  
Mas no eran todas las gracias

Del jóven golilla éstas :  
Había otra que era en él  
Costumbre y pasión violenta,  
Un vicio que conservaba  
Allá de su edad primera,  
Debilidad ya de antiguo  
A la noble gente aneja,  
Que era el amor desmedido  
A las damas de comedia,  
Y en su falta á las graciosas,  
Además de las boleras,  
Porque siempre apetecemos  
Lo que más léjos se muestra,  
Lo que ménos encontramos  
Que á nosotros se asemeja,  
Lo de que entendemos ménos  
Costumbre ó naturaleza,  
Por lo que vemos continuo  
Conjunciones tan diversas,  
Y voluntades tan locas  
Por las cosas más opuestas,  
Como enanos por caballos,  
Y robustos por recetas,  
Y jorobadas por bailes,  
Y los pobres por apuestas ;  
Y duques por bailarinas,  
Y por payasos duquesas,  
Que hay quien gusta de unas caras  
Barnizadas como puertas,  
Y á merced del albayalde  
Hechas blancas de morenas,  
Y de unos ojos que brillan  
Bajo dos postizas cejas,  
Y de unos ahuecadores  
Convertidos en caderas,

Y de unos rizos espesos  
Añadidos con destreza,  
Y de un punto de que el sastre.  
Forma pechos, brazos, piernas,  
Y cinturas á su gusto  
Y al de la flaca ó la gruesa,  
Y da académicas formas  
A gente de alambres hecha.  
¡Que diablos! cada cual halla  
Donde quiere la belleza,  
Y todo es farsa en el mundo,  
Como dice la comedia.

Y si á Don Lope esto agrada  
¿A quién su gusto interesa?  
Al cabo con ellas anda  
Trastornada la cabeza.  
¡Qué pié tiene la Felisa!  
¡Qué mirada la Lucrecia!  
¡Qué movimientos Aurora!  
¡Y qué voz la Berenguela!  
Pero sobre todas, Diana,  
Y sobre Diana, Sirena.  
¡Qué gracia en la pantomima!  
¡Qué rapidez en las vueltas!  
¡Y qué garganta! ¡y qué todo!...  
Desde el momento de verla  
Con la vara y la golilla  
El buen Don Lope dió en tierra:  
¡Y qué diablos hay que hacer!  
Somos hijos de flaqueza,  
Las tentaciones son graves,  
Y son cortas nuestras fuerzas.  
Cerró Don Lope los ojos,  
Y tomadas sus secretas  
Medidas, abrió sus arcas

A la danzante hechicera.  
Cruzáronse para el caso  
Dos virtuosísimas dueñas,  
Corredoras de placeres  
Y lebreles de monedas:  
Y, en fin, por pasos contados.  
Y por doblones sin cuenta,  
Llegó el juez hasta las plantas  
De la bailarina bella.  
Tanto más, cuanto que á ser  
La cosa de otra manera,  
Hubiera bailado un solo  
Con música de la Empresa.  
Pues los golillas de entónces,  
En un dos por tres pudieran  
Hacer de un corchete un santo,  
Y un testigo de una piedra.  
En tel estado se hallaban  
Los asuntos de Sirena  
Con Don Lope, él visitandola  
Y recibiendo ella.  
Cuando una noche, á deshora  
Y estando de sobreceña  
Cruzándose las sonrisas  
Por detras de las botellas,  
En el más dulce coloquio,  
Del aposento la puerta  
Se abrió repentinamente.  
Y entróse Don Juan por ella,  
Y diciendo *Buenas noches,*  
*Señores,* y echando á tierra  
Capa y chambergo, sentóse  
Sin ceremonia á la mesa.  
Quedaron los tres mirándose,  
Descolorida Sirena,



Don Juan con franco descaro  
Y receloso Aguilera.

Así estuvieron un punto,  
Y sin comprender apénas  
Don Lope y la bailarina  
Del de Alarcon la presencia,  
Hasta que una carcajada  
De éste, á todo trapo suelta.  
Cambió del todo por último  
La situacion de la escena.  
Cesó de reir Don Juan,  
Y dijo de este manera :  
Cada cual dando á su tiempo  
A sus palabras respuesta.

*D. Juan.* Sepamos con quien se habla,  
Señor hidalgo. En Palencia  
Soy yo Don Juan de Alarcon.  
¿Quién sois vos en esta tierra?

*D. Lope.* Ya hidalgo me habeis llamado.

*D. Juan.* No tengo aún más que sospechas  
De que sois tal por el traje  
Y vuestra barba de á terciá ;  
Mas no es esa la pregunta :  
Alrededor de esta mesa,  
¿Qué nombre usa su merced,  
Sea en otra parte quien sea?  
Mas veo que os recatais  
Yo os haré la delantera,  
Que es bien que ántes os entere  
De lo que acontece. Sepa  
Pues, señor mio, que asuntos  
De mi familia y hacienda  
Me obligaron de esta casa  
A hacer una corta ausencia.

Ahora bien, sin más rodeos.

Pues veis que he dado la vuelta,  
El caso es que aquí sobra uno.  
¿Quién, pues, se va y quién se queda?  
Si es que comprais, declaremos  
Nuestra posesion en venta ;  
Si lo debeis á la suerte,  
La suerte entre ambos resuelva,  
Y ó al que le toque la pierde,  
O quien dé más se la lleva,  
O de quererla los dos,  
Espada en mano y afuera.  
Elegid.

El juez que en tanto  
Todas sus razones pesa  
Y en todo evento prefiere  
No dar razon de quien sea,  
Dijo : « Convengo en tirarlo  
Al azar.

— En hora buena. •  
Y echando Don Juan al punto  
La mano á las faldriqueras,  
Dijo al sacarla : « Veamos,  
Yo dejo el puesto 'si acierta.  
¿ Hay pares ó nones ?

— Pares. •  
— Contad, pues, esas monedas. •  
Y echó Don Juan en un plato  
Nueve onzas en nueve piezas.  
« Perdí, • dijo el juez, y el otro  
Que adivina lo que piensa,  
Dijole : « Meted espadas  
Si los oros no os contentan.  
— A poder en este instante

¡ Juro á Dios que las metiera !  
— ¿ Qué inconveniente tenéis ?  
Declaradle con franqueza,  
Que aunque siempre estoy á punto  
De empezar una quimera,  
Cuando me señalan plazo,  
Ninguno me mete prisa. »

Miróle el juez de soslayo,  
Y por bajo de las cejas,  
Chispeándole los ojos  
Tomó á espacio la escalera.  
Oyéronse sus pisadas  
Irse alejando por ella,  
Y oyóse alzar la aldaba  
Y el golpe que dió en la puerta. »

*Sirena.* Señor Don Juan, ¿ qué habeis hecho?  
Todo lo habemos perdido.

*D. Juan.* ¿ Pues quién es, es tu marido ?

*Sirena.* No.

*D. Juan.* Pues justo es mi derecho.

Ya vistas que le propuse  
Para adquirirse tu amor,  
Azar, dinero y valor :  
No hay, pues, de qué se me acuse.

*Sirena.* ¡ Ay Don Juan, que lleva ese hombre  
La intencion más depravada !

*D. Juan.* ¿ Acaso estoy sin espada ?

*Sirena.* Cuando yo os diga su nombre  
Temblaréis.

*D. Juan.* ¿ Su nombre acaso

Es un volcan ó una mina,  
Que está ardiendo á la sordina  
Y esperando nuestro paso ?

*Sirena.* Ese hombre á quien provocais

Es el alcalde Aguilera.

*D. Juan.* No me parece una fiera.

*Sirena.* ¡ Ay de vos si con él dais !

*D. Juan.* ¡ Y ay dél si conmigo da !

Mas niñerías aparte,

Puesto que vuelvo á encontrarte,

Dí, niña, ¿ cómo te va ?

— Bien, ¿ y á vos ?

— Famosamente.

— ¿ Y Margarita ?

— No sé,

¡ Vive Cristo ! ni quién fué

La tal mujer.

— Bravamente.

— ¿ Y Don Gonzalo ?

— ¡ Buen lance

El suyo ! ¡ y qué bien riñó !

Mas para otro mundo echó.

Y ya el diablo que le alcance.

— ¿ Le matasteis ?

— ¿ Y qué hacer ?

Se empeñó en hallar venganza

A causa sin esperanza.

¡ Qué habia de suceder !

— ¡ Pobre muchacho !

— ¡ Eh ! dejemos

En paz á quien ya no existe,

Y que no llegue lo triste,

*Sirena,* á tales extremos.

¿ Que te importa Don Gonzalo ?

Mientras yo contigo esté,

Paréceme, por mi fe,

Que no va el mundo tan malo.

Bebe, y levanta esos ojos

A la luz de la bujía,

Volvamos á nuestra orgía,  
Y... echemos estos cerrojos  
Por si acaso. —

Y esto hablando  
Don Juan, cerró bien las puertas,  
Llenó su vaso, y... no pudo  
Más alcanzarse de afuera.  
Porque sin duda cansado  
Del viaje, abrevió la cena,  
Y en brazos cayó del sueño  
Tras de poca resistencia.

—  
Apénas las nueve daban  
De la mañana siguiente,  
Y Don Juan con la Sirena,  
En pláticas bien alegres,  
Concluido el desayuno,  
Estaban entreteniéndose,  
Cuando interrumpió su gozo  
Inesperado accidente.  
Pálida y despavorida  
Llegó la doncella Irene  
Diciendo ; \* ; Señor, salvaos !  
— ¿ Qué dices, loca ?

— Que vienen  
A prenderos.

— ¿ A mí ?

— A vos.

Y os acusan de una muerte  
Hecha en esta misma calle.

— Sirena, ¿ qué enredo es éste ?

— ¡ Ay ! ; huid, Don Juan, huid !

Y no extrañéis que os recuerde

La muerte de Don Gonzalo.

— ¡ Vive Dios !

— Ved que quien quiere  
Prenderos es Aguilera.

— ¡ El ! ; por la vida mia ! ; que éntre !

— Ved que son muchos.

— No importa.

— Por Dios, Don Juan.

— ¡ Bah ! tenerse

Siempre á mi espalda y dejarlos.

Y asiendo bizarramente

Su larga espada Don Juan,

A abrirlas la puerta fuése.

Presentóse en ella al punto

Don Lope con sus lebreles,

Y grande acompañamiento

De curiosos y de gentes ;

Y en sus miradas de triunfo

Bien claro Don Juan advierte

El poder que la venganza

Dentro de su pecho ejerce.

Pero nó es hombre Don Juan

Que á nadie en orgullo cede,

Y así con desden altivo

Aguarda á que el juez empiece ;

El cual con sonrisa doble,

Que harto á burla se parece,

De esta manera le dice,

Y Don Juan á él de esta suerte :

• ¿ Quién es Don Juan de Alarcon ?

— Yo soy, buen hombre, ¿ qué quiere ?

— Que se dé al rey.

— ¿ Con qué causa ?

Hoy Su Majestad pretende

Que en un sillón duradero

En su presencia se siente.

— Pues dadle al rey muchas gracias,